

KLEIN Y LA ESCISIÓN TEMPRANA, O LA REIFICACIÓN DEL OBJETO PSICOANALÍTICO

Lic. Marco Antonio Negrón

El problema de la primera impresión es que sólo se puede hacer una, y aún peor, pocas veces admitimos valor para la revisión de las propias impresiones. La obra de Melanie Klein parece ajustarse a dicha cualidad: su atolladero estriba en la monstruosidad escandalosa, y la simpleza de lo verdadero trastabilla con cada paso. No en vano se le permitió continuar su empresa cual heredera putativa de un saber incomprendido por la humanidad toda, y hasta por la legítima heredera, pues siempre queda en ella algo aún por descifrar. Tan presente hoy como antaño, no se nos está permitido olvidar que detractores y denostadores surgieron del lecho mismo donde se albergó la publicitada esperanza del nuevo hallazgo que tanta prosperidad destinaba a la cultura. ¡Pero no, los cuervos solo saben de sacar ojos! Así pues, he aquí mi hipótesis sobre la recepción de la obra de Melanie Klein: *ella escribía para niños*.

Ahora bien, una tarea que quisiéramos eludir es la incorporación del concepto marxista de *reificación* (*Verdinglichung*), desarrollado más profundamente por el filósofo húngaro Georg Lukács en su *Historia y conciencia de clases* (1970). Ciertamente, no se trata de un concepto psicoanalítico, y responde

más bien a una crítica intelectual de Lukács frente la economía moderna de producción capitalista, el fetichismo mercantil y la alienación como procesos de deshumanización creciente en las relaciones. Si hemos apostado por este concepto “ortopédico” es precisamente a propósito de las observaciones de Jean Laplanche y su crítica al kleinismo como una psicología universal, en el mismo sentido que la *reificación* apunta a la racionalización calculable del sujeto, que objetiva y armoniza artificialmente la complejidad de las relaciones.

Es interesante apreciar cómo Lukacs se sitúa en el mismo plano simbólico al describir el fenómeno fetichista de la mercancía y sus consecuencias, al igual que un analista podía acercarse al problema del objeto y su realización, es decir la problemática de un “adentro” y un “afuera”, o bien los efectos de una madre de tal o cual tipo sobre el bebé. Así, nuestro autor, en un análisis de la evolución del trabajo, nos muestra un proceso de racionalización creciente tendiente a la descomposición, que rompe o disloca al objeto de producción del trabajador, donde la medida del hombre es cuantificada y se vuelve calculable al igual que su fuerza de trabajo o nuestra noción del tiempo bajo los mismos principios productivos. Nos revela cómo es que las mercancías, al principio intercambiables entre comunidades, adquieren un valor cualitativo y cuantitativo que se extiende más allá de la propia soberanía y sus condiciones de necesidad. No se trata sólo de la relación entre personas sino también entre pueblos, de un adentro y un afuera intermediado por un tercero que determina su valor de uso y valor de cambio, y de este modo la mercancía se vuelve una forma universal. De manera que la racionalización calculable del trabajo en la estructura de producción capitalista moderna vuelve al sujeto un objeto más en la cadena de

producción, es decir un sujeto-mercancía en relación con una igualmente cosas-mercancías. Si el último Marx se centró en el problema de la estructura mercantil, nos dice Lukács, es porque muestra el carácter fundamental de la sociedad capitalista, la mercancía como el prototipo de todas las formas de objetividad y subjetividad correspondiente.

Ahora bien, lo que despierta nuestro interés es precisamente que la esencia de la estructura mercantil en el capitalismo moderno “se basa en el hecho de que una relación entre personas toma el carácter de una cosa”, y el problema fundamental se deriva del carácter fetichista de la mercancía bajo la forma de una “objetividad ilusoria”, del mismo modo que en una relación terapéutica el discurso del sujeto puede adquirir cualidades discretas, potencial conmensurable en relación con una realidad histórica posible. Así mismo, cabe recordar que la primera distinción técnica que manifiesta Klein es en efecto muy sencilla: los niños se diferencian de los adultos en sus medios de expresión; lo que en el adulto es asociación y sueño, en el niño será el juego (y sus personificaciones). El simbolismo del juego se rige por las mismas reglas sintácticas que el sueño o la libre asociación freudiana, y el orden de los elementos – incluso la mera presencia– determina sus significaciones. Sin embargo, el modelo paradigmático del simbolismo kleiniano no sólo está determinado por la significación sino más bien por la personificación escénica, tal como lo proporciona el análisis del pequeño Dick. Los objetos (tren o estación) son dotados de cualidades y funciones subjetivas (madre y niño) a la vez que estos se constituyen con cualidades objetivas y específicas (penetración). De esta primera diferencia técnica se extraerán las más variadas conclusiones teóricas, pero nos atrae particularmente la referida a la escisión y consecuente

proyección e introyección de los objetos parciales, o lo que más tardíamente Klein llamará identificación proyectiva.

Como sabemos, este proceso descrito por Klein guarda relación con la expulsión o proyección del odio del yo temprano dirigido hacia la madre, es decir el objeto en tanto externo, que constituye el “prototipo” de una agresiva relación de objeto. Sin embargo, sobresale el hecho que acá se enraízan tanto objetos externos, como objetos internos, además de partes de dichos objetos –tanto interno como externo– como lo sería el “objeto primario”, es decir el pecho materno. El problema es que en Klein coexisten una serie de fenómenos que se describe bajo la misma categoría sin discriminación formal: todo acá es *objeto*. Dicha problemática queda manifiesta en algunos pasajes anteriores a su clásica definición de la identificación proyectiva, cuando sostiene que el impulso destructivo es proyectado en parte hacia afuera y se liga inmediatamente al objeto externo primario, el pecho de la madre. Es decir que “objeto” designa tanto una experiencia interna como externa sin límites. Podríamos sospechar que esta problemática se deriva de un principio fundamentalmente kleiniano, pues cuando se sostiene que hay un yo temprano, sin describir sus funciones pero asumiendo su tendencia tanto hacia a la integración como a la desintegración, no puede menos que “desintegrar” los objetos. Como observamos, es un problema ciertamente metafísico que trasciende los límites de la mera constitución de la realidad, pues también contempla una modalidad de interpretación tendiente a la sobreintegración de los elementos desintegrados en lo superficial. De ahí nuestra pretensión por sostener que en la modalidad de interpretación directa de lo profundo, propiamente kleiniana, los objetos psíquicos son dotados de objetividad material, y en su materialidad objetiva –*ilusoria*,

nos diría Lukács— se desprenden de su valor irreductible; en un mismo movimiento lo profundo se convierte en superficial y lo externo en interno, excluyendo paradójicamente la posibilidad crítica de exploración psicoanalítica instalando en su lugar una psicología narrativa. Entonces, si lo inconsciente estaba descrito en Freud por su aparente irracionalidad, que no es más que una forma de designar al deseo, en Klein se vuelve universalmente racional y lógicamente aprehensible: a la luz de esta confusión es que el concepto de identificación proyectiva merece una revisión crítica *da capo*.

En un debate sobre el concepto en cuestión, realizado en 2012 por la *Klein Studies*, se plantea lo extraño, contagioso y hasta lo contradictorio del concepto, contraste de una “diferencia de cierto movimiento” (proyección) junto a “parecido o similitud” (identificación). La génesis de esta polaridad contrastante será precisamente el sello de la teoría kleiniana, por momentos desdeñada en nombre de una suntuosa *Object-Relations theory*. No obstante, llama la atención que Klein escribiera como si hubiera “dos objetos, dos personas, y como si pasaran cosas entre las dos personas”. Evidentemente no se trata de un concepto unívoco, pero lo elemental es que se trata de un concepto que describe la influencia recíproca que una persona tiene sobre la otra, que se podría organizar como un modelo comunicacional asentado en el fenómeno de la *escisión*. De este modo, el concepto no describe tanto la dialéctica de los objetos internos y externos, sino más bien los efectos de una ruptura diacrónica que traza el camino hacia las diferentes posiciones descritas por Klein. De ahí que sea necesario evocar las “posiciones kleinianas” para sostener con derecho un concepto como el que pretendemos explorar, de lo contrario se arriba a un prejuicio teórico afirmado sobre

la base de una “objetividad ilusoria”. No es casualidad que la *Melainie Klein Trust* defina el fenómeno de la identificación proyectiva como “una *fantasía inconsciente* en la que los aspectos del yo o de un objeto interno son escindidos y atribuidos a un objeto externo”, centrandlo el foco sobre la dialéctica de los objetos, desconociendo la fuente de su elaboración sobre los mecanismos esquizoides, el más enérgico intento de Klein por describir la posición esquizoparanoide. Es decir que la recepción del concepto se centró en la relación de objeto en desmedro de las variantes ligadas al fenómeno de la escisión, contradiciendo el espíritu de su obra al que Klein llamaba “mi trabajo sobre la escisión” (2012). Observemos detenidamente que Klein supone el mayor de sus descubrimientos en las ansiedades de naturaleza persecutoria en edades tempranas del bebé, agregando que este posee una percepción inconsciente e innata de la madre como fuente de bondades que posibilita la primera relación amorosa (1959). Sin embargo, estos impulsos destructivos o actitud hostil proveniente de las ansiedades persecutorias también se pueden dirigir hacia la fuente de bondad y amor primario, lo que constituye “una doble actitud hacia la madre”. Esto quiere decir que los procesos de “introyección” y “proyección” funcionan como dos de las primeras actividades del yo del bebé para poder lidiar y defenderse de la ansiedad provocada por el conflicto interno y la influencia del exterior, transformando a la madre en un objeto a la vez bueno y peligroso. Notaremos que se refiere a este fenómeno como parte de las *fantasías inconscientes* del niño para construir un mundo interno, reflejo del externo, por medio de este “doble proceso”. Así pues, como sugiere Etchegoyen (2014), la diferencia entre Freud y Klein en la comprensión de la proyección es fundamentalmente que el

primero la percibe como parte de una defensa ante representaciones inconciliables con la conciencia, mientras que en Klein lo que se proyectan son “partes” del *self* junto a objetos internos. Aquí lo fundamental es que el pecho materno, en tanto objeto primario, es “escindido definitivamente en dos objetos” (gratificador y frustrante). Si decimos fundamental es porque posibilita distinguir en Freud un interés particular por el proceso defensivo sobre el cual organizó sus descubrimientos, luego abandonó y retomó finalmente en las postrimerías de su carrera para describir, precisamente, el proceso de escisión del yo. Recordemos que para Freud en el conflicto frente a las exigencias de lo pulsional y el veto de la realidad objetiva el niño responde con dos reacciones contrapuestas, ambas válidas y eficaces. Por un lado rechaza la realidad a la vez que reconoce los peligros de esta y asume la angustia como un síntoma del que luego busca defenderse (1938). Entonces, Freud revela que el resultado de esta solución se logra por medio de una “desgarradura” del yo, que subsistirá como núcleo de la escisión del yo.

Finalmente y a modo de conclusión, nos vemos obligados a sostener que si Freud erigió su teoría sobre la base de la defensa en tanto mecanismo fundamental, Klein lo hizo a propósito del fenómeno de la escisión temprana del aparato psíquico, devolviéndole a este concepto de una vez por todas el estatuto que se merece en la teoría, para asumir y pensar con responsabilidad temeraria una dimensión de la experiencia para entonces desestimada –al igual que las psicosis– para el tratamiento psicoanalítico: *los niños*.

Bibliografía

- Etchegoyen, H. y Minuchin, L. (2014): *Melanie Klein: Seminarios de introducción a su obra*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biebel, 2014.
- Freud, S. (1938): La escisión del yo en el proceso defensivo. *OC*, Vol. XXIII, pp. 275 a 278, Buenos Aires: Amorrortu.
- Klein, M. (1929) La personificación en el juego de los niños. En *Obras completas de Melanie Klein*, Tomo I (1929-1945). Barcelona: Paidós, 2008.
- (1930): La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo. En *Psicoanálisis del desarrollo temprano. Contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1971
- (1946): Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Obras completas de Melanie Klein*, Tomo II. Barcelona: Paidós, 2008.
- (1959): Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia. En *Obras completas de Melanie Klein*, Tomo II. Barcelona: Paidós, 2008.
- Laplanche, Jean (1983): ¿Hay que quemar a Melanie Klein? «Fault il brûler Melanie Klein?», publicado en *Psychanalyse à l'Université*, 1983, 8, 32 y en Jean Laplanche, *La révolution copernicienne inachevée*, pp. 213-226. Aubier, 1992.
- Lukács, Georg (1970): *Historia y conciencia de clases*. Cap. I “*El fenómeno de la cosificación*”, pp. 110 a 135. Editorial de Ciencias Sociales del Instituto del Libro. La Habana, Cuba.
- Steiner, J. (2012): Debate sobre la identificación proyectiva. Transcripción. Un evento de Klein Studies celebrado en el Institute of Psychoanalysis, el 12 de junio de 2012.